EL *TOPO*

autora | SOL CANELA

Se llamaba Juan Medina, pero todos en el barrio lo apodábamos *el Topo*. Nos conocimos en la fila del colegio, cuando en tercero de primaria pasamos a las aulas mixtas. Me miró, se sacó un gorrión de la manga y lo posó en mi cabeza. *Quieta, niña,* ordenó. El pájaro no se movió hasta que *el Topo* chasqueó los dedos; entonces voló hasta su mano y él lo guardó en el bolsillo del babi. Tenía dos años más que el resto de la clase y unos incisivos prominentes que saludaban de continuo al labio inferior. *Dientes mentirosos,* le dijo don Severo el primer día de quinto, en el transcurso de aquel rito iniciático cuya liturgia consistía estrictamente en dejar los babis en el vestíbulo. Al parecer, tras esa ceremonia, las batas y la infancia se esfumaban para siempre jamás.

Don Severo fue nuestro tutor desde sexto hasta la Navidad de octavo; nos enseñaba Matemáticas y Ciencias Naturales cuatro días a la semana; Religión y Pretecnología los viernes por la tarde. Las niñas no íbamos a segunda porque teníamos clase de Labores amenizada por la entusiasta señorita Matilde, de cuyos labios brotaban pequeñas historias románticas —todas culminaron en feliz matrimonio—, mientras indagábamos en los secretos de festones y dobladillos.

Severo Ramos había llegado a nuestra escuela para cubrir una vacante por jubilación. Era un hombre corpulento, de mostacho poblado; las gafas metálicas perfilaban un par de ojos negros y opacos, como de tiburón. Nico y Edu, sus taciturnos hijos mellizos, no eran precisamente lumbreras, pero sí buenos compañeros. Alguna ocasión hubo en la que sacaron el examen del maletín de su padre y pasaron las preguntas. Los mellizos habían vivido en muchos sitios distintos. Se hicieron íntimos amigos de Owen.

Owen presumía de su condición de inglés. Nació en Manchester, ciudad a la que sus padres emigraron y de donde regresaron años después con un hijo altísimo, simpático y con nombre británico. Nos fascinaba que Owen hablara español sin acento extranjero, así que, aunque parecía un tanto exótico, lo considerábamos de los nuestros.

Sin embargo, el candidato a la palma de la excentricidad era Pablo Jesús Marchena Bellido, un Adonis de mirada azul y pelo trigueño repleto de ondas, a quien don Severo llamaba unas veces el *Querubín* y otras el *Renegado*. Sus padres y él mismo abrazaron la doctrina de los testigos de Jehová y pertenecían al Círculo del barrio. Durante la clase de Religión se le permitía ausentarse del aula y quedarse en la biblioteca. Lo que leía Pablo Jesús en aquella hora nos inquietaba y atraía a partes iguales, pero nadie se atrevía a preguntar. Miguelito Expósito, que detestaba la segueta y las maderas, propuso al tutor cambiar la clase de Pretecnología por la de Labores con las chicas, aduciendo que si a Pablo no lo obligaba el catecismo, bien podía él darse el gusto de la vainica y el pespunte. La idea fue rechazada de plano al grito de «no seas *nenaza*, Expósito», y don Severo lo castigó media hora con los brazos en cruz para que reflexionara sobre tamañas sandeces. Miguelito empezó a quejarse por el dolor y el profesor lo sacó al pasillo a fuerza de empujones. *Por flojo y mariquita*, comentó.

En la última bancada, antes de que la señorita Amelia nos agrupara en equipos, se sentaba Luis Centeno con los donuts, los bucaneros, los tigretones y los phoskytos guardados a buen recaudo. Ana y yo lo mirábamos con envidia pero nos conformábamos con manzanas, plátanos o galletas María para el recreo.

Luis usaba gafas desde los cuatro años y gastaba una piel blanquísima salpicada de pecas en la nariz. Echaba de menos a su madre; murió atropellada cuando iba a trabajar a casa de doña Catalina Romero de Beca. Don Severo siempre se dirigía a Luis como *señor Cebada* o *señor Cebado*. La primera vez nos reímos todos, incluido el propio chico, pero luego le pesaba aquella burla que muchos compañeros repetían y que para el profesor no pasaba de un *chascarrillo sin importancia*, tal y como le aseguró al padre cuando fue a pedirle explicaciones. El hombre lo comprendió y no se habló más del asunto. A don Severo nunca, pero nunca, le apetecía disculparse.

El día después de aquella tutoría, nuestro ya detestado preceptor llamó a Luis Centeno:

—*Señor Cebado*, salga al encerado y resuelva la operación. Luis tomó la tiza, comenzó a sudar y a enrojecer.

—No tienes ni idea, claro. Te pasarás la tarde viendo a Fofó y los otros. ¿Llamamos a tu padre para que te ayude? –le gritó el señor Ramos muy cerca de la oreja.

Hubo un silencio largo. Centeno soltó la tiza con timidez.

—Muy bien, *Cebadita cebadito*. Chivato sí, pero de matemáticas nada.

Don Severo, tomando impulso con el brazo derecho, le propinó tal manotazo que las gafas de Luis saltaron por los aires. En el rostro lechoso del niño aparecieron verdugones con forma de dedos.

Al otro lado del aula se escuchó en un susurro: *bruto*. El maestro identificó la voz de Edu, cogió el borrador de la pizarra y lo lanzó a la cabeza de su hijo. Esquivó el golpe de milagro; esta vez solo le rozó el pelo. Lo llamó al estrado y le aplicó lo que denominaba con ironía *tortazo simétrico*: abofeteó al crío con las dos manos a la vez, una para cada mejilla.

Quedaba claro que a don Severo tampoco le gustaban nada, pero nada, los chivatos.

El día de fin de curso andábamos levantiscos. La señorita Amelia nos había puesto tareas de Lengua y Francés para el verano. Owen aprovechó la pausa entre clases para subirse a la tarima e imitar a la profesora emulando la voz de pito y el acento parisino. «*Y como guecomendasión os pgopongo algún libgo du Petit Nicolas*».

La puerta del aula se abrió tan brusca e inesperadamente que Owen saltó de la tarima como un muelle y cayó de costado sobre el pupitre del *Topo*, que le ayudó a incorporarse con mucho estrépito. Don Severo vio la mirada desafiante del chico mayor. En el boletín de notas añadió un negativo en comportamiento. Luego les atizó con fuerza sendas collejas y despidió el curso hasta septiembre.

Juan Medina no llegó a la escuela el primer día de séptimo. Esa mañana encontró muerto a su hermano mayor en las escaleras del portal. Benito Medina yacía tirado sobre un charco de vómito, los ojos abiertos de par en par y la jeringuilla colgando del brazo izquierdo. Una cucharilla de las de café y dos mecheros completaban la desgraciada imagen.

La semana siguiente, *el Topo* se presentó en la puerta del colegio subido a lomos de *Avispa*, la moto heredada del mayor de los Medina. Llevaba un fajo de billetes de mil pesetas que había encontrado en el casco de Beni. Nos confió que estaba harto de la escuela, pero asistía por su madre..., que con esa *pasta*, en cuanto pudiera, iba a montarse algo *molón*, a ser su propio jefe; que no quería acabar muerto, ni como los colegas de su hermano, ni malvivir como el viejo, con dos trabajos y más triste que un hurón. Junto al dinero descubrió otra cosa que no podía desvelar. Un flamante Casio adornaba la muñeca del *Topo*. Juan volvió a clase.

En esa época conocimos a la que don Severo calificó como su mejor amiga: *la Dolorosa*. El artilugio con nombre de

advocación mariana consistía en una palmeta de madera gruesa con tres pequeños orificios y un mango del que colgaba un cordel. Según tuvo a bien aclarar, los agujeritos servían para prolongar el dolor, ya que con el golpe se hacía el vacío sobre la mano y... siguió hablando sobre las leyes de la Física, pero ya no resultaba interesante. Todos los alumnos sin excepción probamos el ímpetu vejatorio y arbitrario de *la Dolorosa* en sus múltiples variantes, especialmente Juan *el Topo*.

El primero en aquella macabra inauguración fue Miguelito Expósito, compañero de equipo en la nueva disposición de los pupitres ideada por la señorita Amelia. La causa del castigo fue la verborrea incontrolable del chaval. Tras el segundo «silencio, Expósito» la madera salió del cajón donde dormía bajo llave. Recibió cuatro palmetadas, dos en las manos extendidas, dos en la punta de los dedos agrupados. Miguelito lloró de nuevo y de nuevo recibió el apelativo de *nenaza*. Ana, nerviosa por su amigo, arrugó y se deshizo de un papel sin el sigilo requerido en el momento. *La Dolorosa* violentó sus manos inocentes. Grité tapándome la boca. Don Severo se volvió como movido por un resorte y sonrió. Mandó a Ana a su sitio y me llamó flexionando varias veces el dedo índice:

–Sí, sí, tú, la defensora de pleitos pobres.

Avancé aterrada. Ni siquiera me habían castigado nunca. Traté de entender a los niños pero hablaban entre dientes:

Jesús Pablo: —No lo mires.

Centeno: —No apartes la mano o te dará más veces.

Owen: —No llores.

Topo: —Luego tocas las patas de la mesa, niña, están fresquitas...

Nico: —Lo odio.

Don Severo voceó: —¡A callar!

Extendí la palma despacio. Deseé clemencia. Cerré los ojos, y al cabo de unos segundos eternos, el palo desgarró de un golpe seco mi piel infantil. No lloré ni abrí los ojos.

Él masculló: *despierta y pon la otra*.

Volví a mi sitio con toda la humillación, la ira y el desprecio que cabía en el cuerpo de mis doce años. Me agarré a las patas metálicas del pupitre y juré que no diría nada en casa, no por miedo a que se repitiera la escena, sino por evitar el bochorno propio y el sufrimiento de mis padres.

Miguelito, Pablo y Lidia me acompañaron ese día hasta el portal sin mediar palabra.

La semana de los exámenes, el tutor pilló a los mellizos husmeando en el maletín. Se los llevó al baño de los chicos contiguo al aula. Parecía rasgarse el aire. ¿Oíamos quejidos ahogados? Don Emilio, que también escuchó sollozos, salió de su clase y entró en la nuestra. Le extrañó el silencio que guardábamos. Antes de que pudiera preguntar aparecieron los Ramos, primero los chicos, sin daños aparentes, luego el padre colocándose la hebilla del cinturón. Soltó lo que parecía un mechón de pelo en la papelera e invitó a don Emilio a salir del aula con varios golpecitos en la espalda y ciertas expresiones que no supimos descifrar. En el intercambio, Nico y Edu le comentaron a Owen que en casa también les pegaba con el cinturón.

Empezamos octavo con la ilusión del último y definitivo curso. Casi todos nos veíamos por el barrio en verano. Algunos tenían pueblo y se marchaban allí con los abuelos; unos pocos privilegiados alcanzábamos a pasar una semana en un apartamento compartido con primos y tíos en segunda línea de playa.

Otros, capitaneados por *el Topo*, se entretenían a la sombra del parque montando y desmontando la moto, o iban a la piscina los domingos. Ana y Lidia se acercaban con sus familias al pantano para pasar el día a la fresca.

Llegado septiembre ya nos habíamos relatado

las aventuras cien veces, en unas ocasiones tal y como las recordábamos, en otras... tal y como hubiéramos deseado vivirlas.

Nuestro temor y odio hacia el maestro era común, pero creíamos haber interiorizado como algo transitorio e ineludible esa violencia sórdida, caprichosa, despótica y, en la gran mayoría, exclusivamente circunscrita al ámbito de lo académico. Octavo era el trampolín que nos impulsaría a una realidad más amable.

Un viernes de diciembre, a punto de las vacaciones de Navidad, Nico llegó con un ojo tumefacto. No hizo falta preguntar. Soltó la cartera de mala gana y se dejó caer en la silla con gesto abatido. Owen se enfadó en el recreo. Sabía que en casa de los Ramos el trato no era mejor que en la escuela. La crispación fue inundando el aire. Ese día *la Dolorosa* desfiló a sus anchas por manos y nalgas; el borrador impactó de lleno en la ceja de Pablo Jesús, que chorreó sangre con la elegancia acostumbrada. Expósito pasó cuarenta minutos de rodillas, de cara a la pared. Lidia y Esteban compartieron, tras varios esfuerzos infructuosos por resolver una ecuación, la modalidad *choque de trenes*, es decir el golpe forzado de una frente contra la del compañero de infortunio. Lidia vomitó, pero el maestro no la dejó salir al baño. Ante las tímidas protestas de la clase, don Severo nos mandó copiar cincuenta veces la misma ecuación, y la niña, además, hubo de recoger lo arrojado con algunos pañuelos de papel que las chicas y Miguelito le ofrecimos.

Juan Medina recibió puntual su dosis diaria de sarcasmo y bofetones.

En el comedor, *el Topo* no se había separado de la mochila ni un segundo. Por la tarde, en la clase de *reli*, el ambiente seguía caldeado.

Las niñas bajamos al taller de labores, Pablo Jesús volvió de la biblioteca y comenzó la clase de Pretecnología.

—Pongan las herramientas y los materiales sobre el pupitre —tronó don Severo—. Control individual, no por equipos. Debéis hacer dos estrellas de madera idénticas a la de esta lámina. Cuenta para la nota final. Repito:

¡individual!

Juan no llevaba los útiles necesarios y hubo de compartirlos con Centeno y Edu. Por su cabeza rondaban otros asuntos más importantes como *colocar* —por fin— la pistola descubierta junto al dinero en el casco de Benito.

Según la descripción posterior del locuaz Miguelito Expósito, parece que así sucedieron los hechos:

El maldito bigotón se puso detrás de Juan, le pegó un coscorrón y se mofó: «*Topo*, tú, como de costumbre, sin material y sin ganas. La prueba es individual, no puedes recibir ayuda, inútil». Entonces, Medina negó varias veces con la cabeza, se levantó soplando, y masculló con las muelas apretadas, sorbiéndose los mocos: «no me llamo *Topo*, me llamo Juan Medina, como mi abuelo, déjeme en paz». Don Severo, sorprendido por la actitud del alumno, tardó en reaccionar y cuando levantó la mano para descargarla en la cara del joven, este la sujetó y retorció hasta que el bigotudo cayó al suelo. Una vez tendido en el pavimento, Owen saltó como un gato y se sentó a horcajadas sobre el pecho del maestro al tiempo que le sujetaba los hombros. Don Severo trataba de zafarse del inglés, pero Edu, Nico y varios compañeros más acudieron en su ayuda. Juan parecía más furioso que ninguno. Introdujo trozos de tablillas en la boca del tutor para

que no gritara, mezcladas con hojas de cuaderno y pedazos de tiza que el resto le facilitaba en un Fuenteovejuna improvisado. Le tapó desde el bigote a la barbilla con cinta adhesiva. El refinado Jesús Pablo caminó hacia ellos con la segueta entre las manos, y la ofreció con calma. Los mellizos tomaron la sierra; una mirada cómplice les bastó para rebanar desde la nuca hasta la frente. En ciertos lugares de la cabeza no solo arrancaron el pelo, como era su primera intención, sino trozos grandes de cuero cabelludo. La sangre chorreaba alrededor del cuerpo de su padre. Luis Centeno se hizo con *la Dolorosa* y lo golpeó. Le abrió una brecha enorme en la cabeza por la que asomaba parte de masa encefálica. Los chavales estaban cada vez más excitados: clavaron varios pelos de sierra en los dedos del señor Ramos, y emborronaban la pizarra con sangre, tiza y sesos.

Miguelito escribió:

ABUSÓN

El Topo pensó que era suficiente. Mandó parar. Ya nadie escuchaba. Gritaban encolerizados, rotos, enardecidos por la misma violencia que antes padecían, ciegos de venganza. Habían perdido cualquier resto de piedad.

De pronto se le ocurrió: sacó la pistola que guardaba en la mochila y disparó al techo para que se detuvieran. La bala rebotó contra uno de los fluorescentes y tomó una trayectoria fatal. El proyectil impactó contra la espalda de Nico. Padre e hijo yacían ahora juntos, cuerpo contra cuerpo. Edu se abrazó a su hermano segundos antes de desmayarse.

Mi familia y yo nos mudamos de casa aquellas Navidades. Poco a poco perdí el contacto con mis amigos. Supe que al *Topo* lo encerraron unos cuantos años. Asumió la culpa de todo lo sucedido exonerando de responsabilidad al resto de los chicos. Nico tardó meses en volver a caminar después de dos operaciones de columna. Los cinco años siguientes que don Severo vivió en la residencia, lo hizo sumido en un limbo mudo, ajeno e inmóvil. Cada domingo acudieron a visitarlo su esposa y los mellizos.

Veintiséis años después regresé al barrio por asuntos de trabajo. Sabía que habían demolido los barracones del colegio, pero me acerqué por curiosidad. En su lugar se alzaba un pequeño centro comercial.

Entré en uno de los bares del complejo sin prestar demasiada atención. Detrás de la barra, el dueño me preguntó qué quería tomar.

—Un cortado, por favor.

Me dio la espalda para encajar el filtro y colocar la taza. Antes de volverse canturreó:

—Invita la casa, niña.

En el aluminio de la cafetera se reflejaba la sonrisa inequívoca de Juan Medina, alias *el Topo*.